

# El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 51.  
DEL 7 AL 15 DE ABRIL DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION, PASAJE DE MATHEU, 6, TIENDA.

**SUMARIO.**—Revista de la semana, por Palacio.—Jesucristo, de Chateaubriand, por Belza.—Cantares, por E. G. Lavevse.—Los verdugos en china, por Belza.—Vannes.—El testamento, por F. M. y Ruiz.—Hojas de un libro, por C. C. y Rodriguez.—No jures, por L. de la Vega.—Delirios, por C. C. y Nuñez.—LAMINAS: Vannes.—Modas de otros siglos.—Actualidades cómicas.—Fantasía.



EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERA CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.		UN NUMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID. 5 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias.	Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	



EL PERIÓDICO ILUSTRADO, acompañado del Amor y de la Fé, simbolizados en dos de sus suscriptoras, se presenta al público vestido de primavera, deseándole como siempre un buen Agosto.



Cantóse el *Otello* en el Teatro Real, como habíamos anunciado, y su ejecución ha sido un completo triunfo para Tamberlik y la Galleti, que están, sobre todo en el tercer acto, inimitables.

Estrenóse en el Príncipe una comedia del Sr. Bermejo, titulada *El Capellan de las monjas*, escrita con el ingenio que acostumbra el autor de *La consola y el espejo*, y que ha alcanzado por lo tanto el éxito que era natural.

La Zarzuela nos ha ofrecido también dos ó tres novedades, pero el público parece que ha dejado de su mano á este teatro, y hasta obras que en otra época hubieran hecho sus delicias, pasan hoy desapercibidas y mueren sin haber logrado despertar el entusiasmo, ni aun la ira de los espectadores.

En cuanto al Circo, continúa con sus representaciones de *Herir en la sombra*, que cada día vale más aplausos á sus autores.

La distinguida actriz italiana Sra. Santoni nos ha dado en Variedades *Francesca de Rimini*, ejecutada con la maestría que ella sabe, pero creemos no prosiga en su empresa de dar representaciones, pues el cuadro de su compañía es escaso y poco favorable la estación.

La primavera, que había asomado días atrás las narices, ha vuelto á retroceder, y el frío y las lluvias parece que se han puesto de acuerdo para dar la razón al Teatro Real en la cuestión de la próroga. Efectivamente, lo que es á este paso no llegaremos nunca á los Campos Eliseos. Esto hace que Madrid esté poco animado, fuera de algún día en que el sol se presenta de cuerpo entero, y la gente inunda las afueras y los paseos, saliendo en tropel de sus casas como si temiera apollillarse.

No falta tampoco alguna que otra fiestecilla donde pasar el rato, y á una hemos asistido últimamente, de la que nos parece oportuno consignar un recuerdo.

Era la tarde del domingo 4.º de abril, cuando recibimos la siguiente papeleta:

«D. Francisco Sans, pintor en toda clase de telas, inclusa la de colchones, tiene el honor de solicitar la complacencia de Vd. para la reunion artístico-literaria-musical-plástica-aérea y coreográfica, que se celebrará en su estudio calle de la Flor baja, 13, el lunes 2 de Abril, á las ocho de la noche, en lo que recibirá especial favor.»

Se suplica la contestacion para que no escaseen los panecillos. Se advierte asimismo, que no se responde de los abrigos, y que de doce á una se repartirán los sombreros.—Dios guarde á Vd. muchos años.»

No hay para qué decir si nadie de los que recibieron esta papeleta, dejaria de asistir á la cita. Todos veíamos en lontananza una de esas bromas artísticas tan frecuentes en los estudios de los pintores que viven en el extranjero, y más que todos yo, que recordaba muy buenos ratos pasados en cierta habitacion misteriosa de la *rive gauche del boulevard Sebastopol*, entre aquella colonia española de París, que tanto estimo.

Llegó por fin el lunes, y con toda la precipitacion compatible con un coche de alquiler, ó sea, kilómetro por hora, me dirigí al lugar de la catástrofe, donde llegué á eso de las nueve y media.

Algunos faroles de papel iluminaban la escalera hasta llegar al estudio, á la puerta del cual otro farol cuadrado, mayor que los demás, ostentaba en una de sus caras dos manos negras en contrarias direcciones, que decían respectivamente *Entrada*.—*Zalida*. Un maniquí vestido de moro y armado con su espingarda, hacia las veces de portero, y por delante de él se pasaba á una pequeña antesala, donde todo el que entraba depositaba en el humilde suelo su sombrero y su abrigo. Alzabase despues una cortina, y el salon se ofrecia á la vista en toda su imponente majestad. Cuando yo llegué, el vasto y elegante estudio se hallaba materialmente cuajado de gente. Sillas, sofás, escaleras de pintar, mesas, todo se había convertido en asientos, y jecosa estraña! toda aquella multitud estaba muda, petrificada, con los ojos fijos en un punto. Aquel punto era el que ocupaba el piano, delante del cual estaba sentado Pujol, acompañando unas variaciones de clarinete que tocaba Romero. El silencio no podia estar más justificado. Estoy seguro que oyendo á estos dos profesores, callaria, no digo yo una sociedad de artistas y poetas, sino una asamblea de mujeres.

Yo por mi parte se decir, que solo cuando concluyó

la pieza me atreví á mirar alrededor. Mi alegría fué grande cuando al ir examinando las caras me encontré con que ninguna me era desconocida. Puebla, Suarez Llanos, Fierros, Figueras, Balart, Mariano Fernandez, Casañé, Barrutia, Manuel Alvarez, Saco, Puente y Brañas, Rico, Marquerie, Picon, Barbieri, Casares, Aguera, Algarra, Oliveres, Cuervo, Herranz, Palacios, Emilio Alvarez, Parera, Pizarro, Muro, Caltañazor, y otros muchos hasta el número de ochenta ó noventa, componian el personal de aquella reunion tan juiciosa hasta entonces, pero que debia irse animando por grados.

Y entre todos ellos, corriendo de aquí para allá animando á los tímidos, conteniendo á los sediciosos, se veia la grave figura del dueño de la casa, del autor del *Prometeo* y de *Hernan Cortés*; del que ha pintado con la mano izquierda lienzos como el *Episodio de Trafalgar* y *Cádiz en 1814*.

El fué el que me señaló el último peldaño de una escalera colocada cerca de una ventana, y me dijo, adivinando sin duda mi intencion:

—Siéntate allí.

Una vez sentado, me dediqué á examinar el adorno del local.

Del centro del estudio pendia una araña de papel de colores, sobre la cual se ostentaba un águila real con las alas tendidas. De esta araña partian á los cuatro ángulos del salon otras tantas guirnaldas de papel, y de trecho en trecho colgaban, ya pendientes de un cráneo de caballo, ya del cuello de una Venus de Milo, ya de una armadura antigua, ya de un trozo de mástil histórico, áereos farolillos á la veneciana iluminados con sendas velas de esperma. Añadid todo esto á los mil y mil objetos que componen el estudio de un pintor, y podreis formaros una idea del aspecto estraño y original de aquella fiesta, realizado por el buen humor de todos los concurrentes.

Allí se oyeron las más sublimes melodías, mezcladas á los más discordes chiflidos; el canto sério de Oliveres y Algarra, y las deliciosas canciones cómicas de Parera y Barbieri; el clarinete de Romero y la flauta de Parera, y sobre todo esto, el piano de Pujol, que sobresalia por encima de todos los ruidos, como la voz de la tempestad domina los trinos de las aves.

Allí se presentó un chico pregonando á voz en grito *La Correspondencia de España*; se leyeron versos de todas clases y colores; se improvisaron juegos de manos; se cenó á panecillo por barba y botella por cabeza, en una mesa servida con la gracia de Dios por varios de los concurrentes, y allí nos hubiéramos estado toda la semana, si el tiempo con su inflexible aguja no hubiera empujado las de los relojes, hasta ponerlas en las cuatro de la madrugada.

Tal ha sido, en resúmen, la reunion artística del señor Sans, de que todos los periódicos han dado cuenta, y que *EL PERIÓDICO ILUSTRADO* no podia ménos de ilustrar con algunos detalles.

Verdad es, que fuera de esto, nada de lo que ocurre en Madrid, merece la pena de contarlo.

M. DEL PALACIO.

## JESUCRISTO,

POR CHATEAUBRIAND.

Por el tiempo de la aparición del Redentor sobre la tierra, las naciones esperaban la venida de algun personaje famoso. «Una antigua y constante opinion, dice Suetone, se había difundido en el Oriente: que un hombre se elevaria de la Judea, y obtendria el imperio universal. Tácito refiere el mismo hecho casi con idénticas palabras. Segun este historiador, la mayor parte de los judíos estaban convencidos, teniendo en cuenta un oráculo conservado en los antiguos libros de sus sacerdotes, que por aquel tiempo (en el de Vespasiano) el Oriente se engrandeceria, y que alguno, salido de la Judea, reinaria sobre el mundo. Josef, hablando de la ruina de Jerusalem, cuenta que los judíos fueron impulsados principalmente á la revolucion contra los romanos por una oscura profecía, que les anunciaba que por esta época un hombre se elevaria entre ellos y que someteria el universo.»

El Nuevo Testamento ofrece igualmente indicaciones marcadas de esta esperanza difundida y alimentada en el corazon del pueblo de Israel: la multitud, que corre ansiosa al desierto, pregunta á San Juan Bautista si es el Gran Mesias, el Cristo de Dios,

por tanto tiempo esperado; y los discípulos de Emaus se llenan de tristeza cuando reconocen que Juan no es el hombre que debe rescatar á Israel. Las setenta y siete semanas de Daniel, ó los cuatrocientos noventa años despues de la reconstruccion del Templo, han trascurrido ya. En fin, Orígenes, despues de haber relatado estas tradiciones de los judíos, añade «que un gran número de ellos reconocieron y proclamaron con anticipacion á Jesucristo por el libertador prometido por los profetas.»

Sin embargo, el cielo prepara los acontecimientos que precedieron á la venida del Hijo del Hombre. Las naciones, por tanto tiempo desunidas, por sus costumbres distintas, distinta lengua, y gobiernos diferentes; que hacia tanto tiempo sostenian guerras sangrientas, manteniendo vivos esos odios hereditarios que con dificultad se estinguen, cesan de pronto en sus luchas y reconciliados los pueblos, vienen á confundirse todos en el pueblo romano.

De un lado, la religion y las costumbres han llegado á ese grado de corrupcion que reclaman forzosamente un cambio radical en los negocios humanos; del otro, los dogmas de la unidad de un Dios y de la inmortalidad del alma empiezan á estenderse, y de esta suerte los caminos se abren á la doctrina evangélica, que una lengua universal va á servir para su propagacion.

Este imperio romano se compone de naciones, las más salvajes, las otras civilizadas, la mayor parte desgraciadas: la simplicidad de Cristo para las primeras, sus virtudes morales para las segundas, para todas su misericordia y su caridad, son los medios de salud que el cielo les ofrece; y estos medios son tan eficaces que dos siglos despues del Mesias, Tertuliano decia á los jueces de Roma: «Nosotros podemos decir que vinimos al mundo ayer y lo ocupamos todo: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro, y solo os hemos dejado vuestros templos. *Sola relinquimus templa.*»

A la grandeza de las preparaciones naturales se une ya fama de los prodigios: los verdaderos oráculos de Jerusalem, enmudecidos por mucho tiempo, recobran la voz y la palabra, y las falsas sibilas enmudecen. Una nueva estrella se muestra en el Oriente: Gabriel desciende hasta María, y un coro de espíritus invisibles canta, meciéndose en las nubes durante la noche: «Gloria á Dios; paz á los hombres.»

De pronto se difunde la noticia de que el Salvador ha visto la luz del día en la Judea; no ha elegido para nacer ni la púrpura, ni la dorada cuna, sino el asilo de la indigencia: no ha sido anunciado á los grandes y á los soberbios, sino á los humildes y pequeños no ha reunido alrededor de su cuna á los que se juzgan felices en el mundo, sino á los más desdichados; y por este primer acto de su vida es declarado con preferencia el Dios de los infortunados.

Detengámonos aquí para hacer una reflexion. Estamos viendo desde el principio de los siglos los reyes, los héroes, los hombres superiores en cualquier sentido, llegar á ser los dioses de las naciones; pero hé aquí que el hijo de un carpintero, nacido en un miserable rincón de la Judea, es un modelo de dolores y de miseria. Elige sus discípulos en la clase más ínfima del pueblo: no predica más que sacrificios y que renuncien á las pompas del mundo, al placer y al poder: prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al hombre sano: el que llora encuentra en él quien enjague sus lágrimas, consuelo el que padece, amparo y proteccion el que de todos se encuentra abandonado. El poder, la fortuna, la felicidad, son miradas por él con severa prevencion. Con su doctrina, destruye las nociones comunes de la moral absurda; establece relaciones nuevas entre los hombres, un nuevo derecho de gentes y una nueva fé pública; proscribela esclavitud, proclama la igualdad, y anatematiza la tiranía. De esta suerte eleva su divinidad hasta lo infinito, triunfa de la falsa religion y desatentada política de los Césares; se sienta sobre su trono, y llega á subyugar la tierra!

No, aun cuando la voz del mundo entero se elevara contra Jesus; aun cuando todas las luces de la filosofía se reunieran para combatir sus dogmas eminentemente justos, equitativos y liberales, jamás podria persuadirsenos que una religion fundada sobre tan escelentes bases, sea una religion humana. El que ha podido hacer adorar una Cruz, el que ha ofrecido para objeto de culto la humanidad doliente, la virtud



perseguida, la pobreza humillada, no puede ser más que un Dios!

Jesucristo aparece en medio de los hombres lleno de inspiracion y de verdad; la autoridad y dulzura de su palabra cautiva y seduce; viene á la tierra para ser el más desdichado de los mortales, y todos sus prodigios son para los desgraciados. Sus milagros, dice Bossuet, entrañan en sí más de bondad que de poder. Para inculcar sus preceptos, elige el apólogo, ó la parábola, que se grava indeleblemente en el espíritu del pueblo. Caminando por los campos, es como da sus lecciones. Contemplando las flores de un sembrado, exhorta á sus discípulos á esperar en la Providencia; mostrándoles los frutos de la tierra, los instruye y prepara a juzgar al hombre por sus obras; al encontrarse en medio de los pastores, se da á sí mismo el título de *Pastor de almas*, y se representa conduciendo sobre sus espaldas el corderillo extraviado. Al llegar la primavera, se sienta en la cima de una montaña, y saca partido de todos los objetos que le rodean para instruir á la multitud, que sentada á sus piés le escucha siempre con amorosa atencion. «Bienaventurados aquellos que lloran, dice: bienaventurados aquellos que tienen hambre y sed, etc., etc.» Cuando llega á pedir agua á la Samaritana, la pinta su doctrina con la más bella de las imágenes, la compara con un manantial de agua viva.

Los más violentos enemigos de Jesucristo no han osado jamás atacar su persona. Celsa, Juliano, Volusiano, se vieron precisados á confesar sus milagros, y Porfiro dice que hasta los mismos oráculos de los paganos le llamaban un hombre ilustre. Tiberio quiso colocarle en el rango de los Dioses, y segun afirma Lampridius, Adriano le habia elevado templos, y Alejandro Severo lo colocó entre las imágenes de las almas santas.

Plinio ha rendido un ilustre testimonio de justicia á la inocencia de aquellos primeros cristianos que siguieron de cerca los ejemplos del Redentor.

Puro y sagrado como el Tabernáculo del Señor, no respirando más que el amor de Dios y de los hombres, infinitamente superior á la vana gloria del mundo; Jesus prosiguió, á través de agudísimos dolores, la grande obra de nuestra salud, obligando á los hombres, con el ascendiente de sus virtudes, á abrazar su doctrina y á imitar una vida que no podian ménos de admirar.

Su carácter era amable, franco y tierno; su caridad sin límites. El Apóstol nos ha dado una idea en solo dos palabras: «Él iba derramando el bien.» Su resignación á la voluntad de Dios resplandece en todos sus actos y en todos los momentos de su vida. Amaba y conocia el valor de la amistad; Lázaro, resucitado por él, fué su mejor amigo.

El amor á la patria encontró en él un modelo. ¡Cuán pocos saben imitarlo! ¡Jerusalen, Jerusalen! decia tristemente, pensando en el castigo que amenazaba á esta ciudad culpable: yo he querido reunir tus hijos, como la gallina cobija sus poyuelos bajo sus anchurosas alas; pero tú no lo has querido.» En otra ocasion se hallaba en lo alto de una colina, y tendiendo la vista sobre aquella ciudad, condenada por sus crímenes á una horrible destruccion, no pudo contener sus lágrimas y lloró amargamente.

Su tolerancia no fué ménos digna de llamar la atencion de sus discípulos. Un dia en que estos le pedian hiciese descender el fuego del cielo sobre un pueblo de la Samaria, que le habia negado la hospitalidad, les contestó con indignacion: «¿Estais locos? Vosotros no sabeis lo que me pedís.»

¡Ah! Si la moral más pura y el corazón más tierno; si una vida pasada en combatir el error y aliviar la vida de los hombres son los atributos de la divinidad, ¿quién podrá negar la de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido sobre el pecho de San Juan, ó legando su madre á su querido discípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera; por todas partes la piedad le encuentra bendiciendo y enjugando las lágrimas que hace verter el infortunio; la fuerza de su alma brilla en medio de los tormentos de la Cruz, y su último suspiro fué un suspiro de misericordia.

J. BELZA.

## CANTARES.

Ya do quiera la noche  
tiende su manto,  
velando con sus sombras  
montes y prados:

prados y montes  
forman también la vida  
triste del hombre.

\*

\*\*

El sol de la esperanza  
los ilumina,  
hasta que el desengaño  
su luz disipa:  
Mas... ¡torna el alba,  
y la luz jamás vuelve  
de la esperanza!

Vas por el campo  
cortando rosas...  
Si tú eres rosa, flor de mi vida,  
¿por qué las cortas?

Es la vida del hombre  
como un arroyo  
que al mar va descendiendo  
poquito á poco:  
ya va entre flores;  
ya entre zarzas y espinos  
al campo corre.

Las flores de tu ventana  
me están diciendo lo que es la vida:  
nacen al reir la aurora,  
y á la tarde se marchitan.

Es tu aliento la brisa  
de la mañana:  
la lumbre de tus ojos  
es luz del alba...  
El dia nace;  
¡ay! Dios quiera que nunca  
llegue la tarde.

Cuando las olas veo  
que de la playa marchan  
siempre recuerdo cuál se disiparon  
mis bellas esperanzas.

El corazón humano  
es como un libro;  
tan solo de ilusiones  
estaba escrito,  
y el desengaño,  
poco á poco sus hojas  
ha ido borrando.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

## LOS VERDUGOS EN CHINA.

Una correspondencia particular de Shang-Hai da curiosos detalles sobre los horrores que acompañaron á la toma de Nankin por las tropas imperiales, y que da una idea de la barbarie y crueldad con que se imponen los castigos en aquel país.

La ciudad de Nankin fué tomada á los rebeldes por las imperiales despues de un sitio, ó por mejor decir, de un bloqueo riguroso de muchos meses. Los habitantes, en su consecuencia, debieron sufrir todos los horrores del hambre, hasta el extremo de tener ¡que alimentarse los últimos dias de carne humana: felices, sin embargo, si á este precio hubieran conquistado la paz y la tranquilidad; pero á los pocos dias tuvieron que soportar todos los excesos de una soldadesca desenfrenada, ávida de pillaje y de venganza.

Por millares se recogian en las calles los cadáveres, sin contar con los que eran juzgados y condenados por cuenta del gobierno. Hé aquí lo que escribe un testigo ocular de tan sangrientas y conmovedoras escenas: «El jueves último me vi precisado á asistir á un horrible espectáculo. Dociientos rebeldes esperaban reunidos en la gran plaza de la ciudad el momento de su ejecucion. La referida plaza se hallaba cubierta de estensos charcos de sangre, procedente de las ejecuciones de la víspera, que no se habian ocupado siquiera en cubrir ó hacer desaparecer. Seria imposible dar idea de las emanaciones fétidas que exhalaba aquella especie de carnicería al aire libre.

Varios individuos se ocupaban en cavar la tierra para plantar las cruces, sobre las cuales muchos de los jefes de los rebeldes debian ser clavados primero y despues descuartizados. La ejecucion se habia fijado para el mediodia. Un poco ántes de la hora designada, una docena de hombres, armados de sus cuchillos, se presentaron en la plaza precedidos de otros hombres cargados con unas cajas de madera negra, pintadas de rojo en su parte interior: eran los féretros.

Hacia un tiempo sombrío y nebuloso, muy en armonía con la terrible escena que se preparaba. A las doce ménos cuarto, un pequeño destacamento de pri-

sioneros llegó al sitio del suplicio, seguido al poco rato de otros varios pelotones. Cada uno de aquellos desgraciados, con las manos atadas sobre la espalda, fué colocado en una especie de cestos groseramente tejidos, donde las piernas pendian por la parte de afuera libremente, en tanto que el cuerpo quedaba enterrado completamente en el fondo. Estos *panicas misère*, que es como se denomina á estos cestos en el país, fueron suspendidos con cuerdas á los bambous, descansando además sobre la espalda de algunos hombres.

A los demás prisioneros se les hizo poner de rodillas, con la cara vuelta hácia el palacio imperial, posición que es de rigor. Un silencio de muerte precedió á estos primeros preparativos: despues un mandarin de justicia, condecorado con un boton blanco, dió el orden de clavar en la cruz á aquellos que debian ser descuartizados; pero ya la ejecución de los sentencia, dos de menor categoria habia comenzado: cincuenta próximamente habian espirado sin que yo me hubiera apercebido; sin embargo, creí escuchar un ruido extraño que heló mi sangre, el ruido del hierro que hiere sobre la carne. Un golpe era suficiente para cada uno de ellos, y la cabeza caía entre las piernas de la víctima.

El suplicio de los jefes era infinitamente más horroroso. Con un cuchillo corto, pero afilado como las navajas de afeitar, empezaban por cortar pedazos de carne de los brazos; los gemidos que lanzaban las infelices víctimas iban debilitándose poco á poco, y á medida que el ejecutor pasaba á practicar igual operacion de los brazos á las piernas, y de las piernas al pecho. Los reos, sin duda, iban perdiendo gradualmente la sensibilidad, pero no estaban muertos.

El cuchillo penetraba entonces por bajo de la garganta; y por un impulso del vigoroso brazo del ejecutor, abria en canal el pecho de la víctima hasta el sitio donde principia el estómago. Entonces con una agilidad y destreza horrible, el ejecutor hace jugar la hoja de su cuchillo por toda la cavidad, hasta que encuentra el corazón, el cual arranca con la mano izquierda.

En este instante mis ojos quedaron como fascinados; un estremecimiento nervioso recorrió todo mi cuerpo, y estuve á punto de caer al suelo desmayado.

Los verdugos continuaron su horrible tarea, cortando á las víctimas la cabeza, las manos, los brazos, las piernas y los piés, despues de lo cual el mandarin abandonó su puesto para volver á los pocos minutos, acompañado de un nuevo prisionero, seguido de su mujer. Era uno de los principales rebeldes, un jefe de gran renombre. La desgraciada esposa de éste debia soportar á su vez los tormentos del *ling-teché* (laceracion en diez mil pedazos), porque es preciso saber que la ley china, en su barbarie extrema, no respeta ninguno de los miembros de la familia de un jefe rebelde, ni aun los niños de pecho; y esto es á lo que ellos llaman *estirpar las raices*.

En cuanto al jefe en cuestion, le esperaba un suplicio más horrible aún que el *ling-teché*: fué desollado vivo, con todos los refinamientos que puede poner en su obra maestra el más hábil cirujano, el más afamado disecador de nuestras escuelas de anatomía.»

J. BELZA.

## VANNES.

El grabado que figura á la cabecera de este número, representa la villa de Vannes, cabeza del departamento de Morbihan, en la Bretaña, que cuenta cerca de catorce mil habitantes, y que se comunica con el Océano por el golfo de Morbihan, aunque su puerto solo puede recibir buques de poco calado.

Esta villa, de una gran antigüedad, parece ser la famosa *Diariorigum*, capital de los Vénetos, vencidos por César en el año 57, antes de nuestra era. Todo el país conserva en efecto numerosos recuerdos de la dominación romana, que se descubren á cada paso.

Más tarde, Vannes fué asiento de un parlamento instituido por el duque Francisco II. Los estados de Bretaña se asociaron en 1552, y firmaron el acta que unía esta provincia á la Francia.

Aunque ménos importante que en otras épocas, Vannes posee todavia monumentos dignos de llamar la atencion de los viajeros y los artistas. Entre ellos debemos citar sus dos paseos de la *Rabine* y la *Garenne*; su catedral dedicada á San Pedro, y sus antiguas iglesias del Colegio y de San Patern. Vannes es la patria





El águila imperial saca la pata y escribiendo una historia, disparata.



—Diga Vd.; ¿se ha sabido por aquí algo del cable trasatlántico?  
—Caballero, sabemos que se he hecho... pedazos.



Si Selika no se aplica de seguro al primer viaje naufragan Vasco y Selika.



Este debe ser chileno; lo conozco en lo moreno.



Nadie en París embelesa cantando, como Teresa.



—Un socorro por favor.  
—Trabaje usted.—Eso quiero y eso haré pronto, señor!



El Dante, despues de la fiesta de su coronacion.



Una Exposicion de pulgas se ha presentado en Paris; todo el que tiene ejemplares va a confrontarlos allí.



Más á Dumas satisface una necesidad que dice, que una novela que hace.



—Jóven, con tan pocos años, ¿cómo viene usted á los baños?



¡Buena borrachera tiene! feliz él si no despierta hasta el Carnaval que viene!



La zarzuela, cansada de ser arte, se marcha con la música á otra parte.



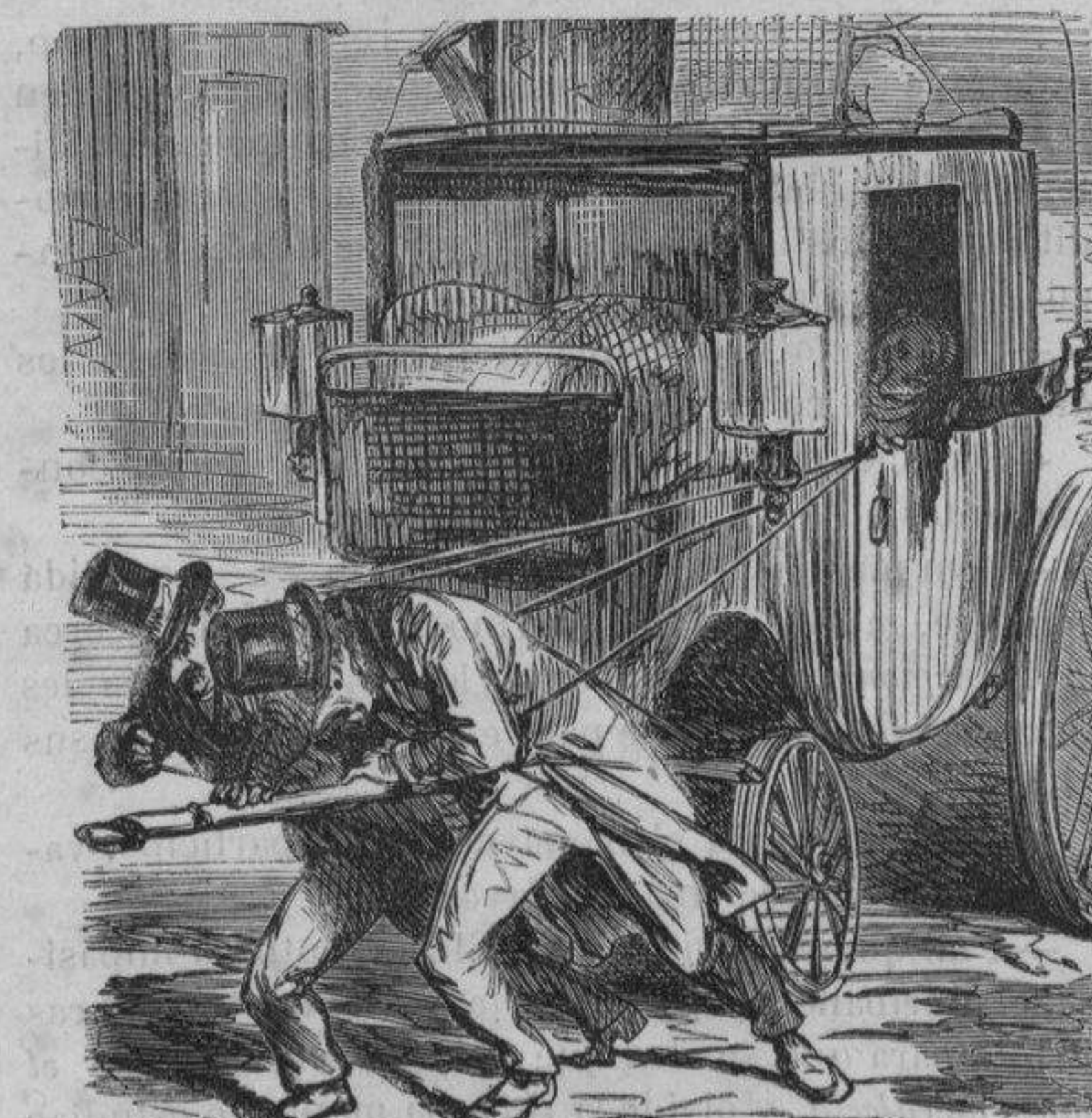
¡Un ducado te has tragado caro te saldrá el ducado!



—Ya no hay esclavos aquí!  
—Pero piernas rotas, sí!



Este es el bello ideal de una posicion social.



Un rey se ha comido sus caballos y hace tirar del coche á los vasallos.



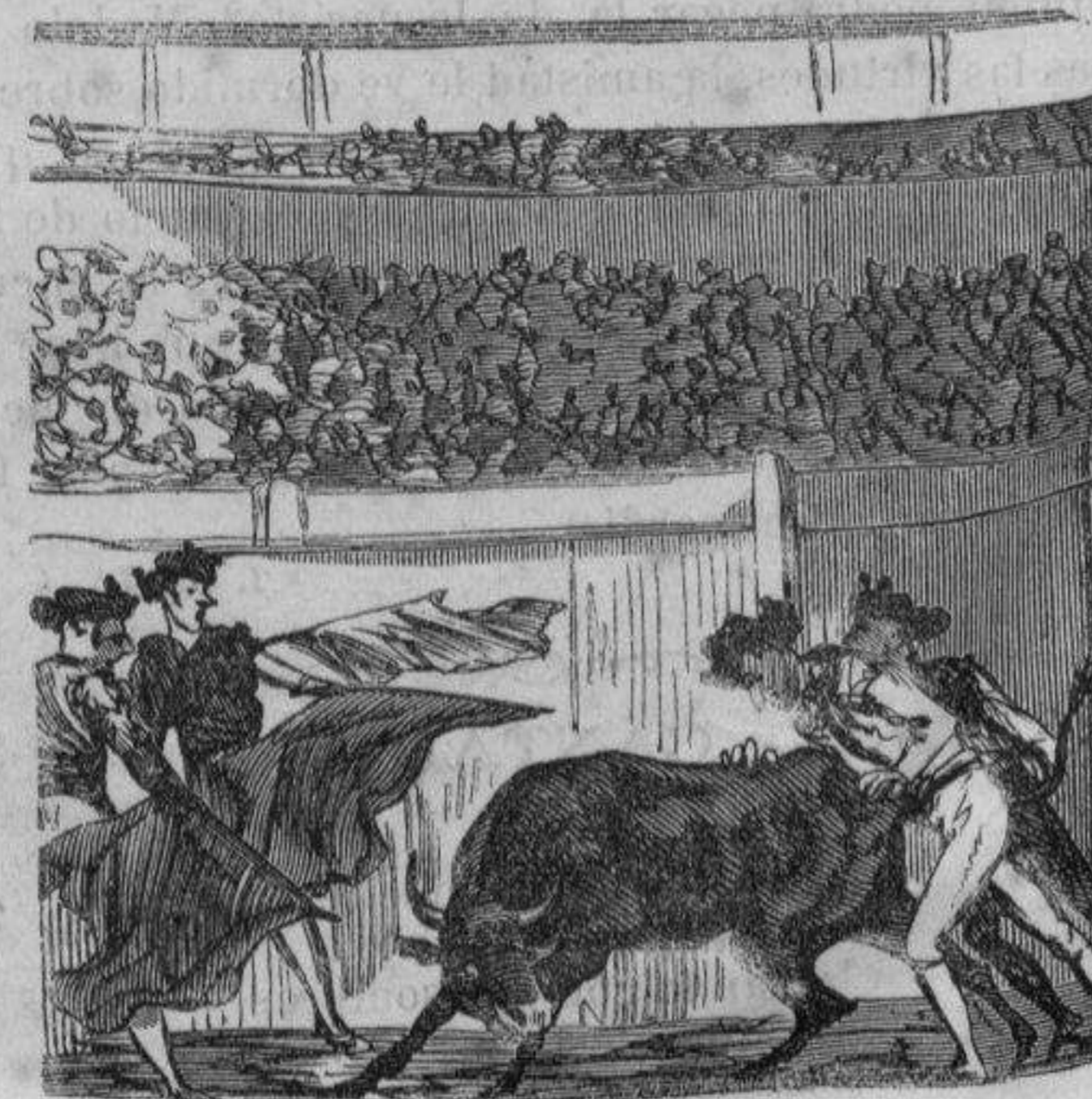
—¿Tu eres Fenian?—Como vos.  
—Pues hijo, ayúdete Dios!



Tanto la corte se ensancha que va á llegar á la Mancha.



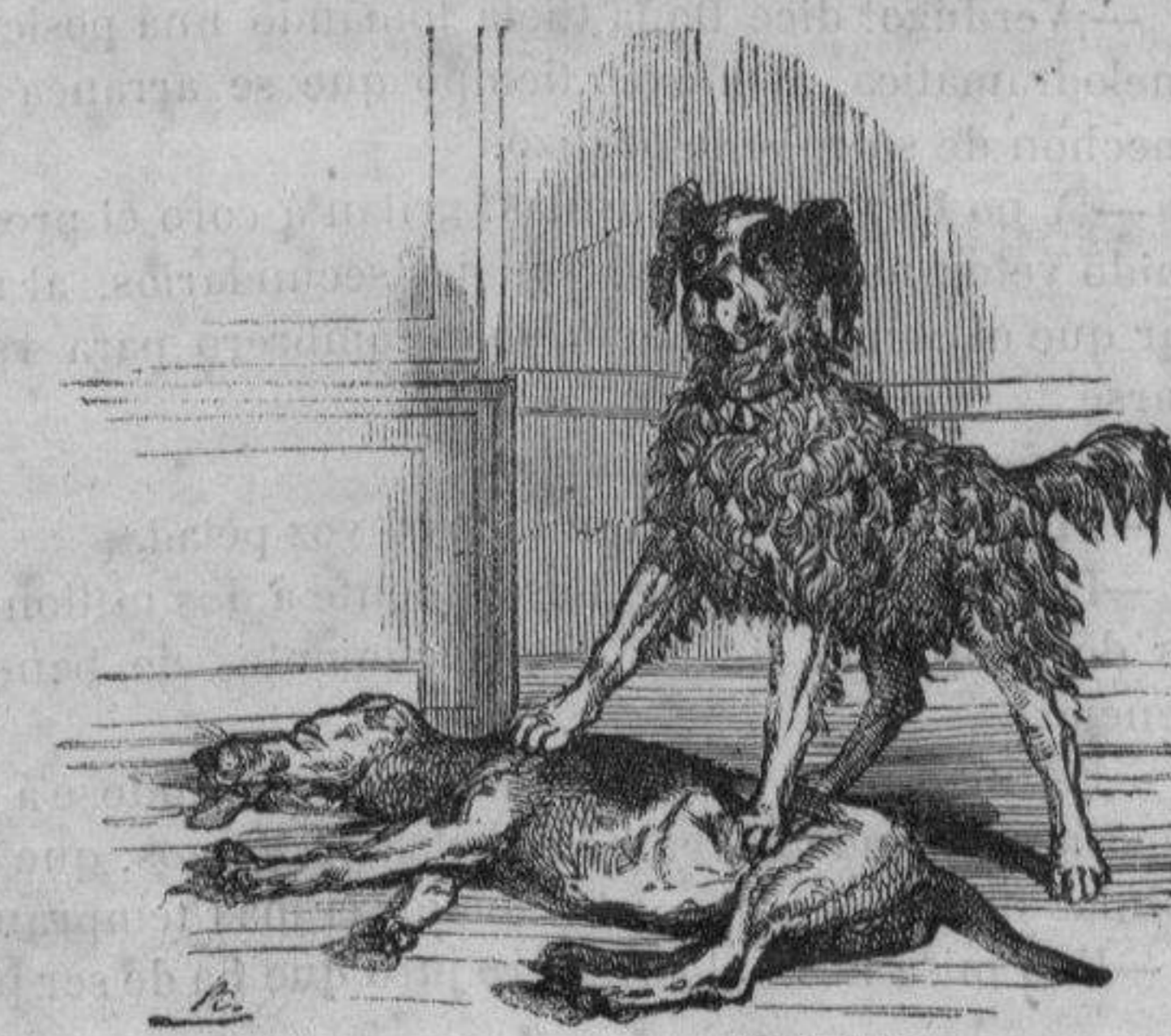
El barrio de Chamberi en mil novecientos y...



De este bicho se escribió, que entre todos lo matamos y el solito se murió.



Lo que va de ayer á hoy!



Yo te maldigo, villa corrompida, que dando de comer, quitas la vida!



A fuerza de trabajar es fácil ponerse bueno, y más fácil reventar.



de muchos hombres ilustres, honrándose en los tiempos modernos con haber visto nacer á Mr. Billault, arrebatado á la vida en medio de sus triunfos oratorios. En memoria de este ilustre hijo de la Ciudad, la calle abierta últimamente para ir de la estacion al interior de la villa, se llama *rue Billault*.

## EL TESTAMENTO.

La reunion, compuesta en su totalidad de personas rigurosamente enlutadas, habla con fogosa precipitacion, gime con afectado entusiasmo, y en ciertos momentos, los suspiros y las exclamaciones de dolor llegan al más alto grado de la música lacrimosa.

Todos cuentan real ó hipócritamente, con el luto en el traje, pero rebosando de alegría el corazon, las estrechas relaciones de parentesco que les unian á la difunta, ensalzan sus virtudes, el acendrado cariño que la tenían en vida, y el profundo sentimiento que les habia causado su muerte prematura. Todo eran alabanzas para la buena doña Fructuosa, muerta por la voluntad de una pulmonía fulminante á las ochenta primaveras de su vida.

Todos ellos son en íntima proximidad parientes de la difunta, y se hallan reunidos en la casa mortuoria á invitacion del escribano, para proceder á la lectura del testamento *in scriptis*.

Doña Cleta, viuda de solemnidad, poetisa de oficio, y que acaba de reponerse del cuarto ataque de nervios que ha sufrido desde que entró en aquella estancia, efecto de su naturaleza sensible, irascible y combustible, se halla en el pleno uso de la palabra. Tiene un perro en sus brazos al que acaricia con afectacion.

—Señores: un triste presentimiento, hoy por desgracia convertido en realidad, inundaba mi corazon, no en lejana época, de ardientes lágrimas de amargura. Y como iguales sintomas hubieron de preceder á la muerte de mi desgraciado esposo, me preguntaba poseída del más angustioso tormento: ¿Por cuál de mis muy amados parientes me veré precisada á desenterrar las fúnebres tocas del duelo? Infeliz Fructuosa á la que profesaba el cariño más tierno y desinteresado! Mi pobre Castor, continuó besando al falderillo, único amigo fiel que ya me resta, confidente y partícipe de mis más íntimos dolores, llora hoy conmigo en la soledad la desgracia que todos lamentamos.

La desolada oradora, aprieta con disimulo la cola á su perro, el que empieza á aullar dolorosamente, en tanto que su ama solloza y se prepara para exhibir á la concurrencia la quinta edicion de su estudiado ataque de nervios.

—Es un perro sábio, esclama D. Canuto cruzando las manos con admiracion y deseo de mostrar una sortija de oro macuquino, única joya que habia salvado en el combate de Trafalgar.

—¿Qué esquisito sentimiento el de ese animal! ¡Y qué estudio tan minucioso ha hecho doña Cleta del corazon perruno! dice D. Trifon, dirigiéndose á su vecino Luisito, que no hace más que estirarse los puños de la camisa y dirigir á la esposa de su interlocutor miradas conmovedoras.

—Ya lo demostró en su elocuente obra, titulada..... hombre, ¿cómo se titulaba aquella obra?... le contesta el jóven que, á juzgar por su oportuna y espontánea erudicion, es un conato de académico.

—¡Ah! sí, se llamaba... prosigue D. Canuto, colocando el dedo que ostenta el precioso talisman, en la punta de su afilada nariz, como para evocar á *Mnemosina*.

—El corazon de doña Cleta palpita lleno de puntos suspensivos, y fluctúan sus recuerdos por el ancho panorama de sus cincuenta navidades, procurando buscar en su menguado cápite el título de aquella obra ignorada para ella.

—¡Oh! es *Musa*..... esclama D. Trifon con entusiasmo.

—No señor, que es viuda, le contesta su esposa á *sotto voce* pellizcándole celosa, y dirigiendo al mismo tiempo una mirada llena de augusta proteccion á Luisito que la contempla extasiado.

Doña Cleta, gozosa de que su talento haya servido de tema á la conversacion general, vuelve á besar con efusion á su manso falderillo, diciéndole, en un disparo de entusiasmo poético:

Astro de mi esperanza  
perro, mi perro,

mañana te regalo  
un collar nuevo.

Dos ancianos que se hallan aislados en un rincon, asisten impasibles á esta escena de sainete, derramando lágrimas de verdadero sentimiento: era un matrimonio que habia servido con fidelidad á doña Fructuosa la mayor parte de su vida.

El marido dirige con sigilo la palabra á la mujer, y ésta le escucha religiosamente, atestiguando con sus sollozos el profundo dolor que la domina.

—¡Cuánto pariente! dice el anciano, moviendo su nevada cabellera. Multitud de arañas que solo se muestran á la luz del día, cuando la lluvia ha calado las entrañas de la tierra; enjambre de lobos hambrientos que se arrojan sobre la presa, carne de su carne, para devorarla con avidez. Ahí los tienes reunidos, esperando que el escribano le repartiera los restos de la fortuna, que ya cercenaron por medio de la hipocresía y de la desvergüenza, en vida de su dueño.

Aun no habia concluido el fiel servidor su murmuradora filípica, cuando ya se hallaba en la sala el deseado escribano.

Todos le saludan, se revisten de artificiosa gravedad, y esperan con ansia la lectura de las disposiciones *in extremis* de doña Fructuosa.

El escribano rompe el lema de un gran pliego que trae consigo, sobre el que fijan codiciosas miradas los presuntos herederos, y despues de las fórmulas religiosas, da principio á la lectura de las cláusulas testamentarias.

—Nombro mis albaceas testamentarios á mis dos fieles servidores, y dispongo se les entregue la cantidad de 6.000 duros, para que puedan atender á su subsistencia, hasta que el Señor determine llamarlos á su seno.

Los dos interesados, enjugándose las lágrimas, salen del rincon y van á colocarse al lado del escribano.

—Item más; á mi primo Luisito...

—Alto, señores; esclama el interpelado levantándose conmovido. Un deber de conciencia, al cual voluntariamente espero se adhieran ustedes, me obliga á interrumpir la lectura de ese sagrado documento. Para pasado mañana, Dios mediante, y costeado de mi particular peculio, invito á todos los presentes á que asistan á la misa que se ha de decir en esta parroquia en memoria de la finada (q. e. p. d.)

—Todos iremos, todos, grita en el trasporte de su calculado dolor la famélica parentela.

—Item más, á mi primo Luisito, repite el escribano, ordeno le sea entregado por mis albaceas, un volumen de la obra inmortal de Cervantes, único documento literario de mi biblioteca, para que con su lectura modifique sus instintos nada nobles, y se dilate su menguado entendimiento.

—¡Menguado!... esclama el jóven rechinando los dientes en el colmo del furor. ¡A los tribunales!

—Silencio, dicen á coro el escribano y demás concurrentes.

—Item más, lego al lego de D. Trifon y á su querida cónyuge, mis estimados sobrinos, un tratado acerca de la *Armonía conyugal*, cuya lectura y práctica les recomiendo eficazmente para eterno descanso de sus almas.

—¡Cuernos! grita el bienaventurado partícipe, valiéndose de su exclamacion favorita.

—A mi querida prima Doña Cleta, continúa impasible el escribano, la dejo un *Arte de cocina*, tres libras de hilo para que se dedique á la investigacion de *el punto de calceta*, y olvide la ridícula mania de estudiar el arte métrico tan nocivo á su naturaleza volcánica; á más de una arroba de estrignina para que se la propiense en dosis homeopáticas á su adorado faldero.

—¡Verdugo! dice Doña Cleta tomando una posicion melodramática, al mismo tiempo que se arranca un mechón de su cabello postizo.

—¿Y no hay otras cláusulas? gritan á coro el presumido veterano y otros personajes secundarios, al notar que el escribano ha cogido el sombrero para retirarse.

—Señores, hemos terminado.

—¿Y por qué? responden todos á voz pelada.

—Porque todo el capital ascendente á dos millones, es de propiedad de los establecimientos de beneficencia.

—Es una infamia, dice D. Trifon, dirigiéndose á su esposa y sacando el reloj del bolsillo. Vamos, que ya son las nueve, y el *Rigoletto* comienza más temprano.

—Una misa he de decir, pero juro que ha de ser por

su eterna condenacion, murmura el dueño del *Quilfote* apoderándose del sombrero y acompañando al matrimonio al Teatro Real.

—Arre, gime doña Cleta, maltratando en prosa á su inocente víctima perruna.

Y en la casa mortuoria, quedaron únicamente los dos fieles criados rezando fervorosamente por el alma de doña Fructuosa y llorando su pérdida.

Moraleja.—Si quieres que el odio de tus parientes no te acompañe hasta la tumba, sé pobre de solemnidad.

Y sino á la prueba me remito; lector que posees bienes de fortuna, muérete y verás.

F. MUÑOZ Y RUIZ.

## HOJAS DE UN LIBRO.

(Continuacion.)

Ahora, pues, voy á hacer el retrato de Dolores: si no es al óleo será una fotografia, y si no será lo que fne-re. De todos modos, prefiero pintarla yo á que la pinte Cárlos; mi pluma será mas *realista*, y por lo tanto, no tan sujeta á engaño.

Dolores podría tener á lo más unos veinte años: era blanca como el ampo de la nieve; elegante como pudiese serlo una mujer que reuniese á la dignidad de una matrona el pudor de una virgen, y hermosa como la ilusion de un poeta, la creacion de un génio, el sueño de un artista. Sus grandes ojos negros tenían una inmovilidad estraña, y la mirada que despedían era fria como el hielo, tranquila como la resignacion. Su aire noble, su paso seguro y su fisonomía serena, tenían un encanto inesplicable y una gracia indefinible. Iba vestida de negro, lo cual aumentaba la blancura mate de su rostro, y esta hacia resaltar el encendido color de sus labios. Pero prescindiendo de todos estos detalles, habia en su conjunto un no sé qué de misterioso é irresistible, que la duda huía del pensamiento para cobijarse avergonzada en un rincon del pecho. Y á pesar de esto, la duda existía ¿En qué se fundaba? Yo por mí únicamente puedo decir que en esa secreta adivinacion del alma que presiente las cosas sin haberlas visto. Además, Dolores llevaba impreso en su semblante el sello que marca la desgracia; pero no de esa desgracia que proviene de accidentes casuales en la vida y purifica el corazon y hace llevar erguida la cabeza sino de ese infortunio que tiene un cáncer en el pecho y una sombra en la mente y va consumiendo poco á poco la existencia. Al ver pasar á uno de los que les aflige la desgracia que les impone su destino, se esclama: «hé ahí un mártir;» al mirar á Dolores solo se podia decir: «hé ahí un desgraciado.»

### IX.

Cárlos, como hemos dicho, siguió á Dolores.

Al llegar al Mercado la detuvo. Al verle, la fisonomía de la jóven pareció iluminarse con una luz nueva y estraña, y sus labios solo tuvieron fuerza para murmurar:—¡Gracias á Dios!

—Por fin la encuentro á Vd., dijo con marcadas muestras de alegría Cárlos.

Los dos jóvenes, sin querer, habian dicho más de lo que querian.

—¡Por fin!... Cualquiera diría que Vd. deseaba verme.

—Y diría la verdad.

—Podrá ser, pero no ha dado Vd. motivos para que se le crea.

—¿Que no?

—Así me parece. Yo al menos le he visto á Vd.

—¿Dónde?

—En el mar.

—¿Qué, Vd. ha vuelto?

—Algunos días.

—Entonces verdaderamente soy culpable de distraccion, pero no de buen deseo. Solo he dejado dos dias de ir al Grao, el siguiente al en que tuve el gusto de conocerla y hoy. En el primero, una obligacion me impidió ir; hoy ha sido una esperanza.

—¡Una esperanza!

—Hoy la tenía, si no de verla, por lo menos de saber de Vd.

—¿Y por quién?

—No tengo inconveniente en decírselo.

—Sepamos; pero vamos andando y sabrá Vd. dónde está mi nueva habitacion, es decir, si Vd. puede y quiere acompañarme.



—Puedo y quiero, contestó Carlos recalcando las palabras.

—Entonces, en marcha.

Medio cuarto de hora despues, los dos jóvenes se detenian delante del portal de una casa de mediano aspecto. En ese espacio, Carlos le refirió á Dolores que habia encontrado el día anterior á su vieja acompañante y le habia prometido indagar la casa en donde ahora vivia.

—Mucho prometer fué eso: difícilmente lo hubiese sabido.... pero ya hemos llegado.

—¿Es aquí?

—Sí.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque yo hubiese deseado que Vd. hubiese vivido muy lejos, para que hubiese sido nuestra entrevista más larga.

—Pues puede darse Vd. ese placer á muy poca costa. Convierta Vd. la entrevista en visita, y prolongue Vd. ésta todo el tiempo que quiera.

—Yo no creia merecer tanto.

—Yo creí que merecia más.

—Vd....

—Basta: ya he dicho demasiado.

Dolores entró en la casa, y Carlos, confundido y llena su mente de ideas contradictorias, la siguió. Aquella mujer era un abismo ó un trasparente, ó ambas cosas á la vez. Su lenguaje, tan pronto era misterioso y hasta indescifrable como el de un loco, ó el de que es presa en un sueño de horrible pesadilla; tan pronto era descubierto y franco como el de un rústico ó el de un niño. Su mirada unas veces hacia soñar con la de los ángeles; otras hacia pensar en la de los réprobos. ¿Quién era aquella mujer? Un mes hacia que Carlos se lo preguntaba, y aún no habia podido darse razon: Dolores continuaba siendo para él un logogrifo.

## X.

La habitacion de Dolores era pequeña, pero cómoda, alegre y elegante. No vamos ahora á hacer el inventario de ella: imagínese el lector como quiera, teniendo siempre presente que es la morada de una mujer, y de una mujer hermosa.

—Tome Vd. asiento, dijo Dolores, quitándose la mantilla y sentándose en una butaca.

Carlos se sentó en el sofá.

Durante algunos segundos, el mayor silencio reinó en la sala. Dolores fué la primera que lo interrumpió.

—¿Está Vd. enfermo? le dijo.

—¿Aquella pregunta era galantería ó un epigrama?

—¿De qué? acertó á contestar Carlos.

—No sé; por eso lo pregunto.

—No señora; y á estarlo, la satisfaccion que experimento ahora ahuyentaria mi mal.

—¡Vaya! Más vale algo que nada: más vale una lisonja que el silencio.

—No es lisonja.

—Pues no la acepto. No se enoje Vd.; yo tengo el deber de ser franca con el hombre que pretende ser mi amigo. La amistad no es lisonjera ni aduladora.

—Enhorabuena; pero antes tenia Vd. que probar que lo que yo he dicho es una lisonja. Acabo de decirle lo que sentia; ¿quiere Vd. que le diga otra cosa que ya se me ha ocurrido otras veces, y que ahora sus palabras me dan la confirmacion de su evidencia?

—¿Y por qué no? Sepamos.

—Pues bien; antes creía y ahora estoy convencido de que Vd. no puede sentir la amistad, porque Vd. duda de todo.

—Esto...

—Es una falta de cortesía, y aquello era una lisonja; y sin embargo, una cosa y otra son verdad.

—¿Y en qué se funda Vd. para decir que yo dudo?

—En que Vd. no cree lo que digo.

—Pero creo lo que veo.

—Pues esa es la duda: la fé no necesita ver nada para creer. Sí, Dolores; la duda ve, mira, observa, se fija, escudriña, y no consigue nada; mientras que la fe con los ojos vendados, lo alcanza todo: aquella da la muerte, y esta da la vida. Sin fe, el sentimiento se apaga cuando no se estingue; ¿y qué es la mujer sin sentimiento?

—Lo que yo soy.

La fisonomía de Dolores tomó un tinte sombrío: Carlos la contempló unos instantes, y le dijo:

—Eso no es cierto; pero aun cuando así fuese, ¿cree Vd. que las enfermedades del alma son incurables?

No; las del cuerpo, sí, que no tienen remedio; las del alma siempre. Hay un bálsamo que da la salud, que es la fé: un consuelo que presta fuerzas, que es la esperanza; una fuente de vida, que es el amor; un manantial que nos fortalece, que es el bien, y una Providencia santa, que es Dios. ¡Y todo esto se adquiere á tan poco precio!

—¿Y una vez perdido? objetó Dolores.

—Se busca, se desea, se conquista y se ruega hasta que se logra. Entregarse en los brazos del acaso es perderse; depositar la confianza en Dios es salvarse. El sér más desgraciado del mundo, al llegar su hora postrera, con el corazón henchido de esperanza y fortalecido por la fé, es feliz, porque sabe que pasa de un valle de lágrimas á un paraíso de glorias. Pero ¿cómo conseguir esto, dudando primero de los hombres y despues de Dios? No lo digo esto por Vd.: Vd. es demasiado joven para renegar de esta vida, cuando ménos para renegar de la otra.

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé; empiece Vd. por creer en mi amistad, y acabará por creer en todo.

Y esto dicho, Carlos se levantó y añadió:

—La dejo á Vd.

—¿Tan pronto?

—Sí; recuerde Vd. mis palabras, y considérelas como el consejo cariñoso de un buen amigo.

—¿Volverá Vd.?

—Volveré.

Carlos estrechó la mano de Dolores; tomó el sombrero y salió.

Al llegar á la puerta de la sala, miró á la joven y notó que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho.

¿En qué y en quién pensaba entonces?

## XI.

Trascurrieron tres días.

Carlos volvió á casa de Dolores, y encontró á Dolores enferma y guardando cama.

—¿Se puede pasar? preguntó el joven desde la puerta de la sala.

—Adelante, Carlos, contestó una voz débil y desfallecida desde la alcoba.

Eran las once y media. El balcon estaba medio cerrado, y el sol entraba por las junturas y rendijas de las puertas, bañando, con ese tinte pálido y melancólico que toma la luz cuando se la debilita, el aposento. En este no se oía otro ruido que la respiracion fatigosa de la joven.

Carlos entró, y al ver á Dolores no pudo contener una exclamacion de sorpresa y de dolor. Aquel rostro demacrado; aquellos ojos, que brillaban como una luz próxima á extinguirse; aquella boca, que solo se abria para exhalar un suspiro, causaban una impresion penosa, y Carlos la recibió mayor, porque no la esperaba.

—¡Cuánto ha tardado Vd. en venir! Ya dudaba de que Vd. volviera á verme.

—¡Siempre la duda, Dolores! ¡Cuándo creará Vd. en la sinceridad de mis palabras!

—No sé: los males del cuerpo entibian el vigor del alma; y yo, como estoy enferma, soy desconfiada; pero no, ahora estoy contenta y me siento mejor.

—Y esto, ¿no es una lisonja, Dolores?

—¡Rencoroso! Me echa Vd. en cara lo que le dije el otro día.

—No, Dolores, hay una diferencia; y es, que el otro día le dije á Vd. lo que entonces sentia mi alma y no lo creyó, y yo sí que creo lo que Vd. me dice ahora.

—¿Y si yo le engaños á Vd.?

—Eso no es posible; desde el lecho del dolor podrá tal vez uno engañarse á sí mismo; pero engañar á los que le rodean, jamás.

—Es cierto, dijo con amargura la joven.

—Pero ¿qué ha tenido Vd.? ¿Desde cuándo está Vd. enferma?

—Desde el día que vino Vd. aquí: mi enfermedad la ignoro. Lo que sí sé es que he pensado mucho, he recordado sus palabras á todas horas, y hace poco al verle he sentido una gran alegría en mi corazón. La oscuridad que ennegrecia mi pensamiento se ha disipado, y una claridad brillante parece que ahora le ilumina. ¿Qué es esto, Carlos?

—Eso es que Vd. empieza á curarse; eso es que Vd. empieza á creer. El mal que le aqueja en este momento es la crisis que sufre su espíritu. Si Vd. tiene valor, resistirá esta prueba y comenzará á vivir; si Vd. desfallece, desconfía y duda, el mal continuará su camino y la matará.

Pero ya que Vd. me indica el fin de mis penas, ¿por qué no me enseña el modo de curarlas?

—¿Y por qué no he de querer?

Carlos iba á continuar, pero los preludios de un piano de la casa contigua á la de Dolores le distrajeran por un momento.

—Van á cantar, dijo Dolores sentándose con trabajo en la cama y reclinando su cabeza en las almohadas. ¿Quiere Vd. que escuchemos?

—Sí.

Una voz fresca, llena y vibrante se percibió casi al instante, y pocos momentos despues la cavatina de tiple de *I Martiri* resonaba dulcemente en el espacio. Carlos quedó absorto, y su mirada vagó errante por el aposento: Dolores clavó sus ojos en la mirada de Carlos.

(Se continuará.)

## ¡NO JURES!

¡No jures! no has de poder, cumplir la promesa amante; ¿cómo sabrás ser constante si tu naciste mujer?

¡No jures! fácil te fuera ser sabia como Cristina, grande como Catalina, como Lucrecia severa.

Más que Judith valerosa, la que á Holofernes venció; varonil como la hermosa que en Babilonia reinó.

Y reunir cuanta cordura ingenio, y gracia, y firmeza, produjo naturaleza, cuanto valor y hermosura.

¡Pero constancia!... poder cumplir la promesa amante!... ¿cómo sabrás ser constante si tu naciste mujer?

LEON DE LA VEGA (M. DE R.)

## MODAS DE OTROS SIGLOS.

Ofrecemos á nuestros lectores en el grabado de la octava plana, un grupo de trajes históricos de los siglos pasados, que no dejan de ser curiosos, sobre todo comparándolos con los actuales.

Las dos figuras de la izquierda son un caballero ruso del siglo xvi y una dama holandesa del xvii; las de la derecha una dama francesa del siglo xviii y un italiano del xv. En cualquiera de ellas se ve un modelo, y debemos confesar francamente, examinando las cuatro á la vez, que nuestros caballeros y señoras del día se alejan de sus antepasados, por el gusto y riqueza de sus trajes.

Si se mira la dama holandesa del grabado, se observa un peinado pintoresco, que, cubierto apenas con una esbelta toquilla, cae artísticamente sobre una hermosa garganta descubierta. En el siglo xix no se aplaudiria al que introdujese el reducir el vuelo y el largo de esas faldas, cubre defectos, que parecen cortadas con las tijeras de la envidia, de las que ya no son jóvenes.

No debemos, sin embargo, perder la esperanza de volver á aquellos buenos tiempos, pues tratándose de la moda, toda restauracion es posible.

## ADVERTENCIA.

Recordamos á muchos de nuestros abonados hallarse terminadas sus suscripciones, y esperamos harán las renovaciones sin pérdida de tiempo, si no quieren experimentar retraso en el envío de nuestros números, acompañando su importe en sellos ó en libranzas del Giro mútuo. La Administracion y despacho de este periódico se han trasladado al Pasaje de Matheu, número 6, tienda, donde podrán dirigirse los pedidos y reclamaciones.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.





MODAS DE OTROS SIGLOS.

DELIRIOS.

À \*\*\*

Eran sus ojos bellos,  
era pura su alma,  
y su boca hechicera  
como la rosa que acaricia el aura.

Yo la miraba absorto,  
y su mano blanquísima besaba,  
en tanto que la luna  
bañaba en luz su frente nacarada.

Su sien pura y serena  
sobre mi sien ardiente reclinaba...  
¡Y sólo Dios oía los suspiros  
de nuestras pobres almas!..

Después, del porvenir la voz impia  
de aquel sueño feliz nos despertaba,  
y trocada mirábamos en luto  
nuestra dulce esperanza.

Ella... miraba al cielo,  
en sus labios se oía una plegaria,  
y una lágrima triste  
iba á rodar por su mejilla cándida.

C. CANO Y NUÑEZ.

GEROGLÍFICO.

ON DL B

ESTAE

EE e RAL

GA<sup>N</sup>a

CHARADA.

Al cruzar por mi primera  
vacilan los más resueltos,  
que horrores y cruda muerte  
suele tener en su seno.

Aunque en idioma de Lacio,  
segunda y tercia deseo;  
que alcanza, lo que ambas dicen  
reservado está á los buenos.

Tercera y última cubren  
por lo comun nuestro cuerpo,  
y su color es emblema  
del pudor más verdadero.

Una flor hay de su nombre  
que haber visto no recuerdo;  
pero que existe sin duda  
en la botánica al ménos.

Prima y tercia son el título  
de un bosque en Francia y un pueblo;  
y á la inversa, son trabajo  
que hacen mucho los herreros.

Todas las noches segunda  
con cuarta me da contento,  
y un nombre indican las cuatro  
que no es muy comun por cierto.